



ORACIÓN

DE LAS

CUARENTA HORAS

1. *En tiempo de Carnaval.* — Para ganar la *indulgencia plenaria* concedida por Clemente XIII es preciso confesarse, comulgar y visitar una vez al Santísimo en la iglesia donde se halle expuesto.

2. *Durante el año.* — *Indulgencia plenaria* á todo el que durante el tiempo de la exposición se confiese y comulgue y haga una visita en la iglesia en que se halle expuesto el Santísimo. — Además, *indulgencia* de diez años y diez cuarentenas *cada vez* que se haga esta visita con propósito de confesarse. (Paulo V.)

VISITA DE LAS ESTACIONES

EL JUEVES Y VIERNES SANTO

Indulgencia plenaria comulgando el Jueves Santo ó el día de Pascua, visitando el Santísimo expuesto en las estaciones, y rogando allí por las intenciones del Sumo Pontífice. También se ganan diez años y diez cuarentenas en cada visita, haciéndola con propósito de confesarse. (Pío VII.)

LA HORA SANTA

Entre las devociones con que podemos tributar al Corazón de Jesús el culto que le es debido, la *HORA SANTA* es una de las más recomendadas á los socios del Apostolado de la Oración y de la Comunión Reparadora. Consiste en tener una hora de meditación ó de oración vocal, haciendo compañía en espíritu á nuestro divino Redentor cuando, puesto en agonía en el Huerto de

las Olivas, oraba á su Eterno Padre. De este modo consolamos su afligido Corazón y desarmamos la divina justicia irritada contra el mundo prevaricador.

En aquella noche terrible, al entrar Jesucristo en el Huerto de Getsemaní, pidió á los Apóstoles que estuviesen orando una hora mientras oraba él también, y porque no lo hicieron los reprendió amorosamente. Al llegar el traidor con la gente armada, Jesucristo, que había estado orando, aunque sudando sangre de congoja y agonía, salió al encuentro, con indecible valor, á los que iban á procurarle la muerte; mas los Apóstoles, que en vez de velar habían estado durmiendo, huyeron cobardemente, abandonando á su divino Maestro.

La HORA SANTA, cual hoy se hace, con aprobación y concesiones especiales de los Sumos Pontífices, fué ordenada por el Salvador á la beata Margarita María Alacoque, á quien dijo estas palabras: «Comulgarás todos los primeros viernes de mes, y todas las noches del jueves al viernes te haré participante de la tristeza mortal que

voluntariamente quise experimentar en el Huerto de las Olivas; y esta tristeza, sin que sepas cómo, te pondrá en una especie de agonía más difícil de sobrellevar que la misma muerte. Para acompañarme en la humilde oración que entonces presenté á mi Padre en medio de las angustias de mi corazón estarás levantada de once á doce de la noche, para postrarte teniendo el rostro pegado á la tierra, tanto para aplacar la Justicia divina pidiendo misericordia para los pecadores, como para aliviar de algún modo la amargura que sentí entonces al ver el descuido de mis Apóstoles, que me obligó á reprenderlos por no haber podido velar una hora conmigo, y en aquella hora harás lo que yo te diré.»

Hallándose el P. Roberto Debrose, de la Compañía de Jesús, de Superior en la residencia de Paray-le-Monial, y viendo el grande fruto que le provenía de practicar esta devoción, empezó á reunir algunos hombres á mediados de 1829 y fundó una Congregación que tenía por fin principal hacer la Hora Santa. La Congregación fué apro-

bada canónicamente por el señor obispo de Autun, y luego por los Sumos Pontífices Pío VIII, Gregorio XVI y Pío IX, que la fueron enriqueciendo con especiales privilegios é indulgencias.

Pío VIII y Gregorio XVI concedieron indulgencia plenaria á los fieles inscritos en la Archicofradía de Paray-le-Monial que, repartidos encoros de tres, hagan la Hora Santa por lo menos una vez cada tres semanas. También gana indulgencia plenaria cada asociado el día que practica este piadoso ejercicio.

Por concesión de Gregorio XVI se puede empezar la Hora Santa cuando pueden los sacerdotes rezar los Maitines del día siguiente. (Esto es, próximamente: 1.º de Enero, á las dos y dieciocho minutos; 1.º de Febrero, á las dos y cuarto; 28 de ídem, á las dos y media; 20 de Marzo, á las tres; 11 de Abril, á las tres y cuarto; 6 de Mayo, á las tres y media; 21 de Junio, á las cuatro menos cuarto; 6 de Agosto, á las tres y media; 3 de Septiembre, á las tres y cuarto; 24 de ídem, á las tres; 13 de Octubre, á las tres menos cuarto; 8 de Noviembre, á las dos y media.)

Pío IX facilitó aún más esta santa práctica á los socios del Apostolado de la Oración permitiéndoles ganar la indulgencia plenaria haciendo la Hora Santa desde la puesta del

Sol del jueves hasta la salida del viernes, ó sea, próximamente, desde las seis de la tarde del jueves hasta las seis de la mañana siguiente.

Puede hacerse en la iglesia y fuera de ella.

La indulgencia es aplicable á las almas del purgatorio, y para ganarla es necesario confesar, comulgar el jueves ó el viernes, y rogar por la intención de Su Santidad.

La confesión se puede hacer en el mismo día de la comunión, la víspera ó en uno de los ocho días anteriores.

MODO DE PASAR LA HORA SANTA

Aunque no está prescrita determinada materia de meditación, se deduce de las palabras de nuestro Señor Jesucristo á su amante esposa la beata Margarita que conviene meditar su dolorosa agonía, sus profundas humillaciones y su amor correspondido con tanta ingratitud, y llorar la muchedumbre de ofensas que desde el principio del mundo se han hecho á la divina Majestad, y particularmente los pecados que se cometen en aquella hora.

Será muy útil valerse de las consideraciones siguientes: Cada punto se ha

de ponderar y sentir detenidamente, sin pasar de uno á otro hasta haber sacado de él todo el fruto que se pueda, ya para el entendimiento, de inspiraciones y *santos pensamientos*; ya para la voluntad, de *piadosos afectos* y saludables resoluciones. Cuando se emplee todo el cuarto de hora en la materia de meditación propuesta para él, pueden dejarse de rezar las oraciones vocales señaladas para el fin de cada uno de los cuatro puntos. Si, por el contrario, la materia de meditaciones propuesta no es suficiente para llenar el cuarto de hora, díganse entonces las oraciones vocales muy despacio, pensando al mismo tiempo en la significación de las palabras.

PRIMER CUARTO DE HORA.—Considerar la tristeza del Corazón de Jesús, que tomó sobre sí los pecados de todos los hombres.—Su quebranto al ver que su pasión y muerte habían de ser inútiles para muchas almas.—El mismo nos dice: «Triste está mi alma hasta la muerte.»

SEGUNDO CUARTO DE HORA.—Meditar la oración del Corazón de Jesús. Ora-

ción humilde, ora con el rostro en tierra, oración resignada: *Hágase tu voluntad, y no la mía*; oración perseverante: tres veces hace la misma súplica á su Padre, y no cesa de orar todo el tiempo de su agonía.

TERCER CUARTO DE HORA.—Contemplar á Jesucristo, que en aquella hora de agonía va á sus discípulos para consolarse con ellos, y los halla durmiendo una, dos y hasta tres veces.—También ahora el Corazón de Jesús busca en nosotros consuelo: *He buscado quien me consolase, y no lo he hallado.*

ULTIMO CUARTO DE HORA.—Considerar la agonía del Corazón de Jesús; cómo baña la tierra con el sudor de sangre; cómo es fortalecido por el ángel; cómo sale al encuentro á sus enemigos.

Hágase un *acto de desagravios al Corazón de Jesús*, y conclúyase rezando el *Memorare* á la santísima Virgen.

INDULGENCIAS

I. Por rezar durante algún tiempo delante de una imagen del sagrado Co-

razón de Jesús expuesto en una iglesia,
en una capilla ó en un altar,

Indulgencia de siete años y siete cuarentenas cada vez (Pío IV, 1799.)

2. Ofrecimiento á Jesucristo delante de una imagen del sagrado Corazón.

¡Oh mi amable Jesús! Yo, N. N., para daros un testimonio de mi reconocimiento y reparar mis infidelidades, os doy mi corazón, me consagro enteramente á Vos y propongo con vuestra gracia no ofenderos más.

Cien días de indulgencia por una vez al día.

Indulgencia plenaria una vez cada mes á todos los que la reciten una vez todos los días del mes. (Pío VII, 1817.)

3. Rezar al sagrado Corazón, por los agonizantes del día, esta oración:

¡Oh misericordiosísimo Jesús, lleno de amor por las almas! Yo os pido, por la agonía de vuestro

sagrado Corazón y por los dolores de vuestra Madre inmaculada, que purifiquéis con vuestra sangre á todos los pecadores de la Tierra que se hallen ahora en la agonía y que van á morir hoy mismo. Amén.

Corazón agonizante de Jesús, tened misericordia de los moribundos.

Cien días de indulgencia por cada vez.

Indulgencia plenaria una vez al mes para todos los que la hayan dicho durante el mes tres veces al día y á diferentes horas. (Pío IX, 1850.)

4. Ofrecimiento de la preciosa sangre de nuestro Señor Jesucristo.

Os ofrezco, Padre Eterno, la preciosísima sangre de Jesucristo en expiación de mis pecados y por las necesidades de la Santa Iglesia.

Cien días de indulgencia por cada vez. (Pío VII, 1817.)

5. Oraciones jaculatorias:

Jesús, dulce y humilde corazón, haced mi corazón semejante al vuestro.

Trescientos días de indulgencia por cada vez. (Pío IX, 1868.)

Corazón sagrado de Jesús, tened misericordia de nosotros.

Cien días de indulgencia por cada vez. (Pío IX.)

Jesús mío, misericordia.

Cien días de indulgencia por cada vez. (Pío IX, 1853.)

En todas partes sea amado el Corazón de Jesús.

Cien días de indulgencia. (Pío IX.)

¡Oh dulcísimo Jesús! no seáis mi juez, sino mi salvador.

Cincuenta días de indulgencia por cada vez. (Pío IX, 1853.)

Dulce Corazón de María, sed mi salud.

Trescientos días de indulgencia por cada vez.

Indulgencia plenaria una vez al mes para todos los que la digan diariamente durante un mes. (Pío IX, 1852.)

Corazón inmaculado de María, rogad por nosotros.

Cien días de indulgencia por cada vez. (Pío IX.)

Jesús, María y José, asistidme en mi última agonía.

Cien días de indulgencia por cada vez. (Pío VII, 1807.)

Nota bene. Todas estas indulgencias son aplicables por las almas del purgatorio.

¡Oh, qué dulce es morir después de haber tenido una constante devoción al Corazón de Aquel que debe juzgarnos! (Palabras de la beata Margarita Alacoque.)

Virgen fidelísima y amantísima Madre nuestra: auxiliadnos y proteged á la Iglesia.



A JESUCRISTO CRUCIFICADO

UN CUARTO DE HORA Á LOS PIES DEL
CRUCIFIJO

JESUCRISTO. — Ven, hijo mío, no huyas de mí. Mira el destrozo que han hecho tus pecados en mi cuerpo, la pena y amargura causada á mi alma por tu ingratitud y desamor.

¿Ves la sangre que, hilo á hilo, corre de mi cabeza? Tus malos pensamientos consentidos me le sacan por medio de esta dolorosísima corona de espinas. ¡Ay, cuánto me punzan!

¡Mira el rostro afeado por el polvo, sudor y sangre, y por las inmundas sa-

livas de mis verdugos! ¿Reconoces tu obra? Acuérdate que al pecar me insultaste, me ofendiste en mi presencia, viéndolo yo y pudiendo arrojarte al punto á los infiernos como á los ángeles rebeldes.

La sed que me devora y la amargura de la hiel que me atormenta castigo son que sufro por tu inmortificación y por el demasiado regalo con que te tratas en comida y bebida.

Y estos brazos extendidos, y mis manos taladradas y sujetas con clavos, ¿no te recuerdan el mal empleo que has hecho de mis dones, de las riquezas de la salud y fuerzas, y aun del entendimiento, imaginación y sensibilidad de corazón, ofendiéndome con ellos?

También están clavados y sujetos mis pies por los muchos pasos que has dado para tu perdición. Tenías pereza para ir á Misa, para ir al templo á oír mi palabra predicada por mis ministros; no hallabas tiempo para visitar mis enfermos y practicar otras obras de caridad ó de justicia, y, sin embargo, no tenías pereza para asistir á sitios y reuniones donde me ofendías á mí, escandaliza-

bas al prójimo y amontonabas sobre tu cabeza tesoros de ira, irritando mi Justicia.

Hijo mío querido, los deleites prohibidos que te procuras, el regalo con que tratas tu cuerpo, la libertad que das á tus sentidos y pasiones, ¡cuán caros me cuestan á mí, que soy tu Padre! Mi cuerpo está hecho todo una llaga. Tú eras el que movías los brazos de mis verdugos para que descargasen sobre mi inocente cuerpo los terribles azotes que tal me han puesto.

¿Y nada te dice esta desnudez en que me encuentro? Y la vergüenza que pasé al ser despojado de mis vestidos en el Pretorio y en el Calvario, ¿note recuerda ofensas mías y deshonras tuyas?

Hijo mío, ¿qué te he hecho yo para que así me hayas tratado? Respóndeme.

EL PECADOR.—Perdón, Señor, pequé; tened misericordia de mí. No más pecar, no más ofenderos. No digo, Señor que no me castigéis, pues lo tengo merecido, sino que el castigo sea como de Padre misericordioso, y no como de Juez justiciero. Apelo á vuestra infini-

ta misericordia, á vuestra infinita bondad. Perdón, Señor, pequé; tened misericordia de mí.

JESUCRISTO.—Hijo mío, esas lágrimas desarman mi justicia, tu arrepentimiento me consuela, tu amor alivia mis dolores.

Bajé del cielo para remediarte, me hice hombre para poderte redimir y darte ejemplo, padecí afrentosos y crueles tormentos, y subí á la cruz para abrirte las puertas del cielo y librarte de la eterna perdición. El grande amor que te tengo me hace padecer voluntariamente. Y en pago de este amor, ¿me prometes la enmienda? ¿Me prometes que no volverás á ofenderme?

EL PECADOR.— Señor, lo prometo, pero temo de mi inconstancia. ¡Soy tan frágil! ¡Hallo tantas dificultades para practicar el bien! ¡Mis enemigos son tan poderosos, y nunca duermen! Me brinda el mundo, me halaga la carne, me tienta el enemigo, me arrastra la costumbre y los malos ejemplos.

JESUCRISTO.—Lo sé; pero con mi auxilio todo lo podrás vencer. Soy todo poderoso, y deseo hacer alarde de mi gra-

cia consiguiendo que con ella triunfes de todos tus enemigos.

Cuando arreece la tentación y te veas al borde del precipicio, acude á mí, ponte á mis pies, que yo te salvaré.

Cuando te asalten los temores de tu salvación, cuando te halles desolado, lleno de tinieblas el entendimiento, la voluntad sin fuerzas para el bien, rebelde el corazón para cumplir mis mandamientos, ven á mi presencia. Yo soy tu Dios y Señor, y tu Padre. Soy tu maestro, y te enseñaré; soy tu fortaleza, y te defenderé; soy médico de tu alma, y te curaré las heridas del pecado; soy todo tu bien.

EL PECADOR.—¡Dios mío! ¡Al recordar mis muchos pecados me lleno de terror!

A pesar de haberos ofendido tanto, ¿me salvaré? Sois mi Juez, y me arredra vuestra justicia.

JESUCRISTO.—Juez soy, es verdad; tengo presentes todas tus maldades, y de todas ellas te he de pedir estrecha cuenta. Leo todos tus pensamientos. No se me escapa ninguno de tus deseos. Ni es mi justicia como la de los hombres,

falaz, que se doblega por temor ó se tuerce con los dones.

Pero esta sangre que ves correr de mis venas, esta cruz y estos clavos, ¿no te dan aliento? ¿Quién me ha puesto en la cruz sino el amor que te tengo? Mil mundos que hubiera yo creado los pudiera redimir con una sola gota de mi sangre ó con un latido de mi Corazón.

¡Notemas, pecador, hijo mío! Abiertos tengo los brazos para recibirte, abierto mi costado para acogerte en mi corazón.

Te salvarás, no lo dudes, si te quieres dejar conducir por mi gracia. Te está preparado en el cielo un trono hermosísimo de gloria, donde reines con mis santos y mis ángeles, en compañía de mi Madre y Madre tuya, y en mi presencia, por toda la eternidad.

Lloró á mis pies la Magdalena, la perdoné y se salvó. Se arrepintió el buen ladrón y le llevé al paraíso. Volvió el hijo pródigo arrepentido, y le acogí en mis brazos.

Dime, hijo mío querido: ahora que estás pesaroso de tu mala vida pasada, ahora que contemplas mi cruz y mis llagas, ¿qué piensas de los dolores, de los

placeres, del qué dirán, de los teatros, de la moda?...

EL PECADOR.— ¡Dios mío! ¡Cuán diferentes me parecen ahora que antes; cuán digno de amor lo que hasta el presente he aborrecido, y cuán digno de odio lo que hasta ahora he amado! Tarde te he conocido, Señor; tarde te he amado. ¡Ojalá nunca te hubiera ofendido! ¿Cómo podré reparar tanto mal?

JESUCRISTO.— El tiempo perdido no vuelve; pero procura aprovechar el poco que te queda. Apártate del mal, practica el bien y sé constante, con el auxilio de mi gracia, en los buenos propósitos. Evita las ocasiones de pecar acordándote de tu fragilidad é inclinación al mal.

Visítame frecuentemente. Pídeme con ilimitada confianza gracia para ti, para tus padres, parientes, amigos y bienhechores, y no te olvides que yo desde esta cruz rogué por mis enemigos y rogué por ti, y te aguardo con los brazos abiertos.

Cuando te sientas afligido y cuando te halles devoto y fervoroso, acógete á mi Corazón, y verás cuánto más sabro-

so es el consuelo que doy á los justos y á los pecadores arrepentidos que el que vanamente promete el mundo á sus servidores.

A. M. D. G.

